

Maremágnum

La sociedad de oficios varios «La Regeneración», de Monóvar, desea ponerse en relación con todas las sociedades de España.—Dirección: Mayor, 1, Monóvar (Alicante).

Recordarán nuestros compañeros que en el número 15 de este periódico publicamos un artículo titulado «Anarquistas ó reptiles?» que nos enviaron para su publicación varios compañeros de Sevilla.

Recordarán también que en dicho artículo se hacían cargos contra un individuo llamado Julio Fernández que en otro tiempo se llamaba anarquista y que es conocido por muchos anarquistas españoles como un perfecto caballero de difamación. El Julio Fernández á quien dicho artículo se refería, babeó durante algún tiempo en «El Aparceido» y su última bilis la expulsó en «El Anticristo de La Línea», cubierto con el seudónimo de «Ahumano Precursor».

Hechas estas aclaraciones pertinentes á nuestro objeto, explicaremos el porqué de esteesult. Hemos recibido una carta, suscrita por Julio Fernández Mateo, de Sevilla, rogándonos publicásemos que él no tiene nada que ver con el Julio Fernández, que hoy vendiendo en cuerpo y alma á los jesuitas defiende la religión y los garbanos.

Nosotros, que no tenemos interés en perjudicar á quien no lo merece, nos complacemos en manifestar que el conocido escritor y político Julio Fernández Mateo, de Sevilla no es el Joaquín Julio Ferrández á quien se combatía en el artículo referido. A cada uno lo suyo. Cúmplase nuestra sinceridad así manifestarlo porque verdaderamente cualquiera se ofende con que se le suponga contacto alguno con el estético Julito de Sevilla.

El veterano Ponce, nuestro querido compañero de Cádiz, ha sido llevado á la cárcel y puesto á disposición del juzgado de Santa Cruz de Te-

nerle, por el enorme delito de haber escrito para el extraordinario de nuestro colega *Luz y Vida* un artículo titulado «Origen de la llamada semana santa».

Según noticias, detuvieron también en Santa Cruz al compañero Terry y dos más, cuyos nombres ignoramos, por otros escritos publicados en el mismo número, pero estos últimos se encuentran en libertad provisional.

Ponce será trasladado á aquellas islas, y su pobre compañía y dos hijos sufrirán también el rigor de una ley... muy estrecha para los desheredados.

Esperamos que nuestros compañeros de Santa Cruz de Tenerife hagan, con su solidaridad, lo menos crítica posible la situación del pobre viejo que aún lucha con los arrestos de un joven convencido.

Ha sido inscrito en el registro civil de Elche, con el nombre de *Jaime Galiano*, un hijo de nuestro compañero *José Galiano*.

El niño sigue tan hermoso, sin preocuparse para nada del *liquido tanto*.

Después de cerrado el balance de los mitines antipolíticos, hemos recibido 2,75 de C. Llom, de Madrid, y 4,60 enviadas, de recaudación, por el compañero *José Pascal*, de San Felu de Guixols.

Ante la imposibilidad de publicar semanalmente el balance administrativo de este periódico, por exigencias de la nueva forma en que se lleva la administración, el balance aparecerá mensualmente con todos los detalles acostumbrados de ingresos y gastos.

La Sociedad de Molineros, de Zaragoza, desea relacionarse con todas las que haya constituidas en España del mismo oficio, con objeto de estrechar en cuanto sea posible los lazos de unión que deben existir entre todos los explotados y principalmente entre los de un mismo oficio.

Dirección: Victoriano Andrés, Sociedad de Molineros, Mayor, 57, principal, Zaragoza.

(Se desea la reproducción en toda la prensa obrera)

Con el nombre de Salvador ha sido inscrito civilmente en Eibar un hijo de los compañeros Saturnina Vila y Vicente Sagristá.

En la misma población se han unido civilmente los compañeros Francisca Mallabiarrena y Félix Arregui.

Al pequeño vástago y á los nuevos cónyuges deseamos salud y fuerza para resistir los embates de la ola agrandada con la bilis arrojada por las urañas bestas de aquella población.

En Nerva ha sido inscrita civilmente una hermosa niña, fruto de nuestros compañeros Concepción Gómez y Emilio Coronado, con el bonito nombre de *Ella*.

Muchos fueron los obstáculos opuestos por los siegos é ignorantes, pero todos se estrellaron ante la firme convicción de sus padres, á los que felicitamos por su energía, digna de imitación.

Con los nombres de Salud y Libertad ha sido inscrita civilmente en Osuna una niña hija de nuestro compañero Manuel Villate, al que deseamos muchos años de vida para coadyuvar con estos actos al desmoronamiento del edificio habitado por tanto zángano de la colmena social.

Buzón de «Tierra»

Cartagena.—En la cárcel de San Antón está preso desde el día 25 del mes pasado un individuo, por el enorme delito de sospecho de libertario.

No hay pruebas de lo que se le imputa; pero aunque las hubiese no es considerado delito por la Constitución el profesar tal idea.

El capitán del barco en que fué detenido le adeudaba nueve liras que dijo haber entregado á la policía, pero que aquél no ha recibido. Como es de suponer, el recluso deseaba hablar

con el cónsul de su nación, pero no le ha sido posible hacerlo ni comunicarse con el exterior, porque esta cárcel es singular en todo. Aquí se vive en perpetuo aislamiento con el mundo. No entran otros periódicos ni libros que las hojitas populares de los jesuitas. Es una verdadera Inquisición.

¿Qué pensarán hacer con ese desgraciado las autoridades? Y sobre todo ¿por qué no se le han entregado las mencionadas nueve liras para con ellas hacer menos aflictiva tan inhumana é injusta prisión, ó para alimentarse con algo más que con el asqueroso rancho?

A todo esto se nos contestará con el silencio que es el lenguaje peculiar y elocuente de los llamados directores de la actual sociedad.—F.

Correspondencia administrativa

Mahón.—J. M. Anotamos 12,00 pesetas. Pagado el 19.

Madrid.—C. Ll. Idem 5,50; para el Congreso, 2,75 y 2,75 para los mitines antipolíticos.

Palafregell.—J. Q. Idem 18,00; por paquetes, 10,50; para «El Porvenir del Obrero», 5,00 y 2,50 por folletos.

Cubellas.—M. S. Idem 1,60.

La Campana.—J. B. Idem 2,00.

Ubeda.—F. F. Idem 5,00. Enviaremos 15 números á B. C.

Murcia.—F. S. Idem 5,00; por paquetes, 3,75 y 1,25 como donativo.

Madrid.—V. Q. Idem 11,00; por paquetes, 2,10; como donativo, 1,55; de S. G. 1,00; pago toletto 0,35 y 6,00 que entregamos.

Torrelavega.—J. R. Idem 4,00.

Haro.—F. A. Idem 7,00.

Torre del Campo.—Grupo «Pi Margall» Idem 8,00. No se publican los periódicos que decís.

Dirigirse á Escuela Moderna, Bailén, 56, 1.º Libros.—L. A. Entregamos las 2,00 enviadas.

Martorell.—F. M. Idem 0,75.

San Paulo.—G. S. Idem 30,00. Buscaremos los libros que desees.

Noya.—F. R. Idem 1,30.

Alicante.—V. L. Idem 12,00; por paquetes.

5,00 y 7,00 que entregamos. Felipe Guzmán, Mar y Street, 23.

Port-Bou.—J. D. Idem 10,60; de Llanés, 5,00; por paquetes, 4,00; por hojas de Sabadell, 0,50 y 0,50 como donativo; tojas, 5,00 por paquetes, y 0,60 como donativo.

Almenar.—A. G. Idem 5,00.

Coruña.—M. R. Idem 15,60.

Cueva de la Mora.—J. S. Envíalo en sellos.

Avilés.—A. A. Recibimos 3 45 pesetas.

Calafias.—F. R. Idem 1,00. Envía el sueldo que quieras.

San Andrés.—M. C. Idem 1,00.

San Felu de Llobregat.—J. F. Idem 2,25; por paquetes, 2,00 y 0,25 para presos.

Hostalrich.—M. S. Idem 1,00.

Idem.—J. L. Idem 1,00.

Vilafranca.—M. C. Idem 3,00.

Elche.—J. G. Idem 15,00.

Málaga.—A. P. Idem 1,00.

La Junquera.—P. J. Idem 8,00.

Bilbao.—M. L. ¿A cual dirección enviamos los 6 números á C. D.?

Marchena.—A. G. Recibimos 5 pesetas. Seguimos enviando el paquete.

Alburquerque.—Sociedad Corcho Taponera. Idem 10,00; por paquetes, 5,00 y 5,00 para presos.

Palma de Mallorca.—Corresponsal. Idem 8,00; por paquetes, 7,00 y 1,00 para Antich por hojas.

Zaragoza.—J. G. M. Enviarnos los 2 números á Sorla.

San Felu de Guixols.—J. P. Idem 25,55; para F. 5,00; para «La Ilustración Obrera», 6,23; para los mitines, 4,60 y 0,70 por paquetes.

Montequiu.—M. M. Idem 12,00; por paquetes, 4,00; por hojas de Sabadell, 1,00; para paquetes, 1,00 y 6,00 que entregamos á L. B.

Zaragoza.—J. Ch. Idem 10,00.

Montilla.—A. R. Idem 3,00.

Ecija.—J. B. Idem 3,75; por paquetes, 2,50; como donativo, 0,75 y 0,50 también como donativo para «La Voz del Cantero».

Sant Morise.—A. G. P. Idem 7,95. Enviarnos número pedido. Anotamos por ejemplares, 6,45 y 1,50 como donativo.

Imprenta de José Ortega, S. Pablo, 66—BARCELONA

El Centenario de la Revolución (1)

guesía. Y para juzgar su importancia, su valor y su esencia, vedmosla en sus resultados.

Estos Estados centralizados, reglamentados y autoritarios que se dividen la Europa y los rebaños humanos, son obra de la burguesía. Este mecanismo formidable, que, mediante una orden dada desde una capital, pone en movimiento millones de hombres equipados para la guerra arrastrando tras sí millares de bocas de fuego que vomitan la muerte sobre los campos de batalla, llevando la devastación en las poblaciones y el luto en las familias; todo este mecanismo de maldades puesto en movimiento por una simple orden telegráfica que parte de un ministerio de la Guerra, tal es el ideal con que soñó la burguesía antes de 1789. Esos territorios cubiertos de una red de administradores obedeciendo á las órdenes de una voluntad central, nombrada por las cámaras de representantes de la burguesía; esa obediencia de los ciudadanos á la ley; ese culto de la ley, del Parlamento, del juez y de sus agentes; esa red de escuelas sostenidas ó dirigidas por el Estado para fortalecer el culto del poder y la obediencia pasiva; esos reyes de la banca teniendo en sus bolsos los destinos de los pueblos según estimulen ó refrenen el ardor guerrero de los gobernantes; esa industria que tritura en sus engranajes á los trabajadores que la nación le entrega á discreción; ese comercio que acumula las riquezas entre las manos de los monopolizadores de la tierra, de la mina y de la fábrica; en fin, esa ciencia que ha emancipado al pensamiento, que se elabora sobre las bases de la experiencia y del raciocinio y que centuplica las fuerzas productivas de la Humanidad, nada de todo esto existía antes de la Revolución, y sin embargo esto es lo que soñaron los burgueses franceses é ingleses bien antes de 1789.

Toda esta organización política y económica, los burgueses la habían concebido y elaborado mucho tiempo antes de que la Revolución se anunciase por sus explosiones revolucionarias. La idea de la Revolución hallábase consignada por completo en millares de escritos—libros y folletos,—en los cuales los hombres de acción sacaron más tarde su inspiración y su energía justificada.

Cuando la Revolución estalló, la burguesía sabía bien lo que quería: crear una constitución, modelada sobre la constitución inglesa, para reducir al rey al simple papel de escribiente del registro, y entregar todo el poder en manos de un Parlamento burgués para que le concentrase á modo de la antigua Roma, con sus ramificaciones saliendo del centro y extendiéndose sobre la policía, el impuesto, el tribunal, la fuerza militar, la escuela y el comercio. Proclamar la libertad de las transacciones comerciales, dar completa libertad para explotar al trabajador despojado por el Estado de todo medio de defensa contra el explotador; todo bajo la protección del Estado favoreciendo el enriquecimiento de los particulares y la acumulación de las grandes fortunas; todo en nombre de la igualdad en la sumisión y de la libertad de acaparar lo que sería necesario al trabajador para impedir que cayese en una esclavitud económica.

La burguesía sabía lo que quería. Acariciaba ese sueño de organización política y económica, y cuando se le presentó ocasión para realizarlo, marchó derecha hacia su fin, fuente de su saber y de su ideal político, trabajando con una energía consciente que el pueblo no había jamás tenido, porque nunca había concebido y elaborado un ideal para poder oponer al ideal burgués.

Mas, para realizar este ideal de organización, necesitábase la fuerza, la fuerza física, el sacrificio, el desprecio de la muerte en presencia de los enemigos. Necesitábase que las masas se pusiesen en movimiento, que se dirigiesen al asalto de las viejas instituciones é hiciesen la obra de la demolición.

Era preciso, pues, al lado de la corriente de ideas, una corriente de acción. Esta nació en el seno del pueblo. La burguesía favoreció su nacimiento; ayudóla en sus principios; llamó á la fuerza popular cada vez

que fué preciso marchar al asalto de la monarquía para domeñarla después.

Pues bien; esa corriente de acción es la que se oculta en los discursos oficiales y en los escritos burgueses. Ese levantamiento popular que duró cuatro años y que permitió á la burguesía combatir á la realeza y vencerla, apenas se le menciona; cuando más se le califica «de exceso revolucionario», si no se atreven á llamarle «exceso de malvados».

La obra de aquellos que nuestros abuelos trataban de *anarquistas*, la obra que fué de hecho anarquista en su esencia y en sus procedimientos, ésta no se la menciona nunca.

A nosotros corresponde referirla, y esto es lo que pretendemos hacer, sintiendo no poder hacerlo en todos sus detalles, para poder servir de enseñanza á los jóvenes anarquistas que á no tardar se verán envueltos en los movimientos revolucionarios, y para quienes serían convenientes las enseñanzas del pasado.

II

Dos corrientes han hecho la gran Revolución, decíamos en nuestro artículo precedente: *la idea*, elaborada sobre todo en el seno de la burguesía, y *la acción*, procedente de las masas populares. Ya hemos visto cuál era la idea de la burguesía en materia política: el gobierno representativo en un Estado romano, omnipotente, reglamentando la vida del ciudadano, un Estado tal como lo habían concebido los jurisconsultos de la antigua Roma.

En materia económica, la idea no estaba menos definida. La burguesía había leído y estudiado á Turgot y Adam Smith, los creadores de la economía política: sabía que en Inglaterra las teorías de estos economistas hallaban aplicación, y la burguesía envidiaba á sus vecinos de allende el canal su potente organización económica y su constitución política.

La burguesía soñaba con la explotación de las riquezas del suelo que continuaban improductivas en manos de los señores, y para tal objeto contaba por aliados á los pequeños burgueses que caciqueaban en las poblaciones rurales, mucho tiempo antes que la Revolución aumentase su número. Entreveía también el desarrollo de la industria y de la producción en gran escala, merced al empleo del maquinismo; soñaba ya con un gran comercio de exportación, colonias en África, mercados en América, grandes empresas comerciales, y, sobre todo, la improvisación de fortunas colosales.

III

Para que todo esto se realizase, era necesario romper los lazos que mantenían al campesino pegado á la gleba, á fin de que pudiese abandonar la aldea y trasladarse á las ciudades y ser de esta manera explotado por el industrial como lo era antes por el señor feudal. Era preciso también ordenar la recaudación de los impuestos, para que éstos fuesen más fáciles de pagar y aumentasen las rentas del Tesoro. Necesitábase la libertad completa de la industria y el comercio, y para obtenerla se sacrificaron los cuerpos de oficio, los gremios de todas clases y todas las leyes prohibitivas: libertad absoluta en las transacciones; he aquí todo.

Y para alcanzar todo esto, necesitábase nada menos que quebrantar el poder de la corte, de los aristócratas y de los curas; organizar de nuevo el Estado y apoderarse del poder.

He aquí el programa entero de la burguesía antes de la Revolución, programa que, como se ve, todo se entrelaza y se relaciona mutuamente.

Sin embargo, sería injusto decir que la burguesía se inspirase exclusivamente en miras egoístas. Los mejores representantes del tercer estado habían bebido en esta fuente sublime—la filosofía del siglo XVIII, que llevaba en germen todas las grandes ideas surgidas después.—El espíritu eminente

científico de esta filosofía, su carácter eminentemente moral, su confianza en la inteligencia, la fuerza y la grandeza de corazón del hombre libre, elevado en una sociedad de iguales: su odio á las instituciones despóticas, todo esto se hallaba en los mejores representantes del tercer estado. Y si no fuese así, ¿dónde habrían encontrado la fuerza de convicción de que dieron prueba durante el período de lucha? Es preciso también reconocer que esos mismos hombres que más trabajaron en realizar este programa de enriquecimiento, creían sinceramente que el enriquecimiento de los particulares era el mejor medio para enriquecer la nación en general.

Pero por elevadas que fuesen las ideas abstractas de libertad, de igualdad y de progreso libre que inspiraron á los representantes más escogidos de la burguesía de 1789 1893, lo que aquí importa juzgar son las aplicaciones de la teoría, en una palabra, su programa *práctico*.

La idea abstracta continúa siendo vaga: ¿por qué medios se traducirá en los hechos de la vida real? He aquí la cuestión. En efecto, ved los socialistas de nuestros días. Todos los socialistas sinceros se inspiran en la grandeza de su idea común—el bienestar de las masas; pero ¡qué diferencia enorme entre las concepciones prácticas de los que marchan bajo la bandera roja! Para unos, el socialismo es la emancipación completa del género humano; para otros, la cuestión obrera no significa más que una reforma de salarios, hallándose entre ambos extremos infinita variedad de matices. La idea abstracta puede cubrir programas bien diferentes, y es precisamente según el residuo práctico de la idea teórica, la manera con que debemos juzgar los inspiradores de ésta.

Ahora bien; si es justo reconocer que la burguesía de 1789 se inspiraba en grandes principios de libertad y de igualdad, de emancipación económica, política y religiosa, no es menos cierto que estas grandes ideas, á medida que tomaban cuerpo, se traducían precisamente por el doble programa que acabamos de esbozar: la libertad ilimitada para explotar las riquezas de toda clase y el trabajo humano, sin garantía ninguna para aquellos que serían víctimas de la explotación; en suma, el Estado jacobino, á semejanza del Estado romano, centralizado y armado de todos los poderes para garantizar y asegurar la libertad de explotación.

¿Y el pueblo? ¿cuál era su idea? También el pueblo había bebido en la filosofía del siglo. Los pensamientos de los grandes filósofos ingleses, desarrollados y popularizados en Francia, se infiltraban también, insensiblemente, en los cerebros de los que manejaban el martillo, la sierra ó la lima. También ellos aspiraban á un porvenir de bienestar para todos. Cuando se lee de nuevo la literatura de aquella época, queda uno maravillado de la masa de ideas puramente socialistas—eminentemente comunistas—que burgueses como Sieyès, y como Brisot (que calificaba la propiedad de robo) y muchos otros lanzaron al pueblo.

Una vaga inspiración de comunismo y de anarquía movía las masas populares. Basta leer los escritos filosóficos y las novelas de Rousseau, muy leídos en aquella época, para convencerse de ello.

Pero, mientras que en los burgueses las ideas de emancipación se traducían en un programa elaborado de organización política y económica, medido en todas sus partes, el pueblo traducía esas mismas ideas por una serie de negaciones, sin preguntarse jamás qué es lo que surgiría en lugar de las instituciones abolidas. Diríase que aquellos que hablaban al pueblo—á semejanza de muchos socialistas de nuestros días—rehuían precisar la cuestión. A sabiendas ó no, parecían decirse: «¿A qué hablar al pueblo de la manera con que se organizará más tarde? Lo que conviene es que tenga solamente la fuerza de ataque, la energía para ir al asalto de las viejas instituciones. Ya veremos más tarde cómo se arregla esto.»

No se le hablaba al pueblo de lo que surgiría de la demolición. Parecía que se temía entibiar su energía revolucionaria, y no se hacía más que tocar la nota sentimental. Se denunciaban los abusos y se acababa por decir: «Sublevois; dejemos para más tarde la tarea de arreglarlo todo!» ¡Cuántos socialistas obran hoy del mismo modo!

Así, pues, la idea popular se manifestaba por medio de negaciones: «Fuego al Registro de los tributos! ¡Abajo los diezmos! ¡Mueran los aristócratas!» Pero ¿qué se hará de la tierra libre? ¿qué de la herencia de los aristócratas guillotinado?

He aquí las cuestiones de que casi nunca se hablaba al pueblo. Y cuando se le habló más tarde, durante la Revolución, fué para convertirle—pervertirle sería más justo,—al ideal burgués.

Pero, por fuerte que sea la idea, un abismo la separa aún de la acción. Así es que, por fuerte que ella fuese en teoría, la burguesía continuó impotente mientras el pueblo no le prestó sus brazos, su fuerza revolucionaria, su rebeldía, su *Jacquerie*, que permitiría á los burgueses derribar el antiguo régimen.

La fuerza de ataque provino del pueblo sublevado. Sin ella, era de todo punto imposible la revolución.

Los historiadores burgueses nos han hablado del impulso revolucionario de los burgueses al acercarse la Revolución. Esto no es más que una leyenda fabricada después de la victoria. Lo que nos ha extrañado, al contrario, en todos nuestros estudios sobre el nacimiento de la Revolución, es el servilismo de la burguesía hacia el poder real. ¡Por un Esprenmil, cuántos millares de lacayos!

En el momento mismo que la Revolución ruge, que el Oriente de Francia arde, que en todas partes el pueblo lucha, el lenguaje y la actitud de la burguesía hacia el rey son de un servilismo execrable.

Fué el pueblo, pues, quien llevó la fuerza de sus brazos, de su rebeldía y de su empuje, y quien dió comienzo á la Revolución. Y esto es lo que nunca se menciona en los discursos oficiales, y lo que nosotros vamos á manifestar en seguida, después de habernos dado cuenta de la idea de la burguesía en 1789.

III

Si la idea revolucionaria tenía, como hemos dicho, un doble origen en la burguesía y, en parte solamente, en el pueblo, la acción revolucionaria, la fuerza de ataque, pertenecía casi enteramente al pueblo. Los campesinos y los proletarios de las ciudades son los que hicieron la Revolución; sin ellos, la burguesía continuaría estacionada en sus ideas y en sus palabras seductoras.

Y al afirmar esto, nos ponemos en contradicción con casi todos los historiadores de la Revolución. Según ellos, la burguesía se había presentado con temperamento revolucionario desde el principio y había arrastrado consigo al pueblo. Basta leer de nuevo á estos mismos historiadores y fijarse en los hechos más que en las declamaciones para comprender la timidez del elemento burgués con la monarquía.

Si la Libertad no hubiese tepido más que esta clase de defensores, aun viviríamos bajo el yugo del antiguo régimen. No solamente antes de 1789 la burguesía sufría las arrogancias y desprecios de la Corte, sino que aun en 1789 y 1790, cuando la Revolución impera, su prudencia llega hasta la cobardía, su timidez hasta el servilismo. El lenguaje de la asamblea, aun en 1791, es de una complacencia irritante; sus comunicaciones al rey están concebidas en un estilo digno de lacayo. Durante cuatro años, mientras el pueblo luchaba, la burguesía se entregó al desarrollo de la idea. Los fieros revolucionarios no hacían más que seguir á regañadientes los progresos del pueblo. Y mientras éste, en 1793, sueña ya con la *Commune* más ó menos comunista, no vemos á los Robespierre y otros encariñarse con la idea de la Constitución inglesa?

(Continuará.)

(1) Este trabajo debido á la pluma de Kropotkine fué publicado en 1889 por nuestro querido colega de París *La Rivoltte*, cuando la burguesía se preparaba para festejar con toda solemnidad el centenario de su advenimiento al poder.